



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9583

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

CONDICIONES:

En la Península.—Un mes, 2 pias.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 12 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

MIÉRCOLES 11 DE OCTUBRE DE 1893.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

HERNIAS

(VULGO QUEBRADURAS)

Curación pronta y radical de las mismas ya sean inguinales, umbilicales ó crurales por crónicas que sean y en todas las edades y sexos con el procedimiento del Dr. Sabdival.

Ningún enfermo sujeto a nuestro tratamiento ha dejado de curarse, necesitándose solo de 3 á 4 meses los niños hasta la edad de 14 años y de poco tiempo más las personas mayores.

El Dr. Sabdival llegará el 25, permaneciendo en esta ciudad hasta el 30, alojándose en el Hotel Francés, donde podrá consultarle de 10 de la mañana á 4 de la tarde.

LEGIA JABONOSA

DE JOSE IGNACIO MIRABET.

TENIENDO SOSPECHAS DE QUE EN ALGUNOS ESTABLECIMIENTOS VENDEN OTRAS CLASES DE LEGIAS, TOMANDO EL NOMBRE DE LA DE MIRABET, Y A FIN DE EVITAR QUE NUESTROS CONSUMIDORES SE VEAN ENGANADOS, HE AQUÍ LOS PUNTOS DONDE ÚNICAMENTE SE EXPENDE EN CARTAGENA LA VERDADERA Y LEGÍTIMA LEGIA JABONOSA DE MIRABET:

Cooperativa del Ejército y Armada, calle de Jara; D. Joaquín Ruiz, Droguería, Cuatro Santos; D. Joaquín Barceló, Puerta de Murcia; D. Tomas Seva, calle de Osuna; D. José Ruiz Navarro, Comedias 5; D. José Romera, Casteliní 1; Sra. Viuda é hijos de Picp, Verduras; Señora Viuda é hijos de Máximo Gutiérrez, Verduras 14; D. José Andreu, San Francisco esquina Pallas; D. Ginés García Cañate, Caballos 1; D. Antonio González, San Fernando 57; Sociedad Cooperativa del Obrero, Gloria de San Francisco; D. Juan Roca, Cuatro Santos 18; D. José Pagan, Aire 8; D. Francisco González, Plaza de los Caballos 6; D. Diego García, Serreta 5; don Víctor Martínez, plaza del Sevillano; Don Diego García, Serreta; Don Manuel Foyede, Martínez, Morera baja; Don Anastasio López, plaza de la Merced, esquina á la calle del Duque; Don Cecilio Cutillas, Serreta; Don Agustín Conesa, calle de Canales; Don Angel Moreno, enfrente de la Caridad; D. José María Ramón, plaza Roldán; D. Manuel Hernández D. Matias 24; D. Pedro Sarabia, Carmen 34; D. Manuel Martínez, plaza del Rey 3; D. José Gómez é hijos, Puerta de Murcia; D. Juan Cecilia, Angel 40; D. Ginés Sánchez, Jara 26; D. Tomás García, Caridad 4; D. José León Costa, Duque esquina á la plaza de San Leandro; D. Anastasio López, calle de la Palma, Doña Josefa Lucí, Caridad, 9, panadería.

Para más informes diríjase al único representante en las provincias de Albacete, Murcia, Alicante y Almería, D. Fernando Giménez de Berenguer, calle de Martín Delgado, 9, pral. Cartagena.

Para los agricultores.

Prensas de palancas múltiples para vino.—Tijeras para vendimiar.—Id. para podar.—Máquinas para destripar panizo.—Id. para taponar botellas.—Id. para limpiar id.—Id. para picar y embutir carnes.—Horteros de acero.—Azadas, legones y rastros de id.—Ingertadores.—Filtros para vinos y licores.—Agotadores para botellas.—Cepillos, cadenas, lesiches, etc. para bocoyes.—Bombas de trasiego y otras.—Armarios especiales para botellas.—Cestas idem para idem.—Arados de vertedera fija y móvil.—Embudos automáticos.—Mobiliario para jardines.—Cortadoras para sacos.—Espino artificial para cercas.—Jarrones, macetas, balaustrés etc.—Básculas sin numeración.—Via estrecha para trasportar frutas.—Wagancitos, plataformas, etc.

De venta en el MUSEO COMERCIAL.—Puerta de Murcia. PIDANSE CATÁLOGOS Y DIBUJOS.

EL HALLAZGO.

(Colaboración inédita.)

Pertierra se consideraba perdido, deshonrado. Los fondos que le confiaron varios clientes, sus ahorros, algunos préstamos, todo desapareció en un instante por culpa de aquella Felisa, hermosa sí, muy hermosa, pero que no se hartaba nunca de gastar dinero. El pobre Pertierra vió el cielo abierto, el día en que Felisa contestó á sus súplicas amorosas con un beso.

¡Había gastado sumas que no eran suyas!

El cliente de los tres mil duros le fijó un plazo diciéndole:

«O me entrega V. mi dinero ó le denuncio como estafador.»

No había otro remedio; Luis estaba perdido.

Abandonó su casa á las ocho de la noche sin saber hacia donde iba deseando encontrar una solución, un recurso que le evitase la deshonra.

La noche era agradable, una de esas noches de primavera que alegran la vida según el poeta, pero Luis paseó sus tristezas por las calles, sin que le aliviara las pesadumbres el cielo azul, sereno, esclarecido por el resplandor de las estrellas.

Al contrario enojaba al pobre Pertierra la indiferencia de los que á su lado pasaban.

Hubiera sido un desahogo para él, poder contar sus cuitas á los transeúntes, consolando de tal manera sus congojas; porque las penas cuanto más ocultas y calladas están, producen mayor daño.

Durante su paseo nocturno, iba Luis pensando en el remedio de sus aficciones, que no tenían tal remedio.

Era preciso el suicidio, porque sino se vería procesado y preso, por estafador.

Sin querer se acordaba de su pobre madre que allá en la aldea, decía á cuantos le hablaban de su hijo:

—¿Mi Luisín, eh? Pues hecho un hombre formal, honrado y listo. Gana mucho y será el consuelo y la alegría de mi vejez...

Pertierra siguió corriendo calles, rezando incoherentemente, como rezan los afligidos, sin las palabras fijas de los rituales pero con la devoción íntima y sincera del que llama á Dios y confía en su respuesta.

Dios no le podía abandonar.

Había pecado, pero el arrepentimiento verdadero dejaba á su conciencia libre de culpas.

Dios socorre á los naufragos de la vida y Luis invocaba el nombre de Dios, esperando su auxilio.

Un auxilio que vendría de algún modo, como caen desde lo alto las gracias providenciales, sin anuncios de ninguna clase.

Llevaba Pertierra dos horas de andar como un demente con paso ligero y sentíase ya fatigado y sudoroso.

Se detuvo de pronto en la esquina de una calle solitaria esperando sin saber por qué el fin de sus congojas.

De pronto divisó en el arroyo un bulto pequeño y sus esperanzas se avivaron, sin causa justa, por puro presentimiento.

Cogió Luis el bulto y vió al examinarlo á la luz incierta del próximo farol una cartera llena de billetes de Banco. ¡La providencia enviaba su socorro!

Echó á correr Pertierra y llegó jadeante á su habitación.

Encendió la luz y se puso á contar los billetes.

Mil, dos mil, tres mil... había más de quince mil pesetas.

¡Se había salvado! y llorando, enternecido á sus solas, alegre, con esa alegría que arranca gemidos, se arrojó sobre la cama, bendiciendo su buena estrella y sujetando contra su pecho la cartera que por entonces le rescataba de la esclavitud de la muerte.

Y así se quedó dormido. La felicidad como el opio, calma los dolores produciendo sueños profundos.

Clareaba el día cuando Luis se despertó notándose quebrantado y rendido, con sensación semejante á la que produce una noche de orgía. Al abrir los ojos, registró de nuevo la cartera y volvió á ver los billetes, aquellos billetes que le salvaban.

Tenía ansias de respirar el aire puro y se marchó á la calle, llevándose en los bolsillos el feliz hallazgo de la noche anterior.

La mañana era desapacible; el cielo ceniciento; corrían empujadas por el aire girones de nubes.

A Luis, la noche serena no le produjo alegría y la mañana triste le alborozó.

Para un hombre feliz todos los espectáculos son risueños.

Andando hacia el Retiro, Pertierra empezó á pensar en su suerte.

¿Por qué era feliz él?

Por haber hallado una cartera.

Luego su dicha producía una desventura, porque los billetes encontrados por él alguien los había perdido.

Y el infeliz de la pérdida, tal vez se vería en un grave compromiso, tal vez deshonrado...

¡Ah, qué importaba!

A Luis le socorrió la Providencia.

¿Para qué más?

Pero ¿y si el dueño de la suma extraviada suplicaba después en los periódicos su restitución?

¿Y si en la cartera misma se daban las señas?

El debía entregar lo suyo á quien fuese... y entonces ¡adiós esperanzas de rehabilitación, adiós vida...!

Nada, nada, ni leería periódicos, ni miraría de la cartera más que los billetes.

Durante la noche pasada Luis sufrió la pesadumbre; el azar le libraría de males y él se entregaba á los caprichos del azar.

¡Su vida y su honra antes que todo!

Y después de pensar esto y hasta de, en alta voz, decirlo empezó á recorrer los paseos solitarios del Retiro, entoldados por las ramas de los árboles, que hacían aún más apagada y tenue la luz del cielo nuboso.

De pronto en el recodo de una vereda se encontró Luis con un hombre puesto de rodillas y que tenía en su manoderecha una pistola.

Aquel infeliz se iba á suicidar.

Pertierra se echó sobre él y lo contuvo.

—¿Eh, qué es eso? ¿qué va usted á hacer?

—A matarme, caballero. Soy muy desgraciado.

Los hombres no se matan nunca. La providencia socorre á los que sufren los rigores de la deses-

peración. Invoque usted á Dios con fe.

—Gracias, señor, muchas gracias por su consuelo pero créame que mi mal no tiene remedio.

—¿Pues qué le ocurre? sepámoslo.

—Yo soy cobrador de una casa de banca. Mi principal tiene confianza absoluta en mí y yo siempre he procurado corresponder á esa confianza. Pero ayer tuve una debilidad. Después de cobrar una letra me encontré á unos paisanos que me convidaron á tomar unas copas. Sin darme cuenta se enredó la breva y como no tengo costumbre de beber, me atonté bastante. Salí á la calle; mis amigos se marcharon y anduve borracho una porción de tiempo. Allá á las once de la noche, empecé á despejarme y al recobrar la serenidad noté que ya no tenía en el bolsillo la cartera con los billetes.

—¿Una cartera!

—Sí señor, con diez y siete mil pesetas. ¿Me la han robado? ¿Se ha perdido? No lo sé. Pero de lo que sí tengo seguridad es que mi falta me deshonoró, que no tiene disculpa, lo que he hecho, que mi mujer y mis hijos se quedan sin pan y que yo me acobardo ante la vergüenza y ante la imposibilidad de restituir ese dinero.

En el pasado la noche dando vueltas por la calle. Al fin he decidido matarme y para eso vine á este sitio. ¡Pobres hijos míos!

Pertierra se anonadó al escuchar el relato.

La cartera que llevaba en su bolsillo era la de aquel infeliz.

Alzó los ojos al cielo y en medio de las nubes cenicientas le pareció ver á Dios asperando á que se resolviese la lucha entre el bien propio y el ajeno.

—¿Tiene usted muchos hijos?—preguntó Luis.

—Cinco. ¡Pobrecitos míos!

En un arranque impetuoso Pertierra sacó de su bolsillo la cartera, diciendo:

—¿Es esta?

Al verla el cobrador se abalanzó sobre Luis y empezó á gritar:

—Es la misma, Dios mío, mi cartera... Cuento usted, diez y siete billetes de á mil pesetas... mi cédula de vecindad Ramón Llaros... dos recibos de la casa Brau y Compañía... Caballero ¿va usted á yo miento... Es mi cartera... Gracias Dios mío, la he encontrado, gracias!

El infeliz cayó de rodillas otra vez con las manos cruzadas, pronunciando frases incoherentes de agradecimiento á la providencia.

Pertierra comprobó las señas que le había dado aquel hombre, y pálido, como el reo que firma su sentencia, alargando el precioso hallazgo de la vispera, dijo:

—Tomela usted, es suya.

—Pero, caballero, yo no podré olvidar nunca su honradez. Dígame usted su nombre para bendecirle y hasta si quiere quedése con uno de los billetes. Cuatro mil reales podrá yo pagarlos con descuento de mi salario.

—No, gracias. No me hacen falta mil pesetas.

—Feliz usted, bendito señor. Dígame su nombre.